

## **María Zambrano. *El Espectador***

FRANCISCO JOSÉ MARTÍN (introducción y traducción)

*Università di Siena (Italia)*

Son momentos, aspectos de un pensamiento sistemático, los ensayos que componen el volumen hace poco aparecido en lengua italiana: *Lo Spettatore* de Ortega y Gasset (traducción de Carlo Bo, Editorial Bompiani). Los siete volúmenes que forman en español la primera edición aparecieron desde 1917 hasta 1934 y marcan un período que quien escribe ha llamado de la “captación de la circunstancia”, precedido del período inicial (presente en todo su esplendor en las *Meditaciones del Quijote*) y seguido por el último, el de la madurez, donde el sistema tiene incluso un nombre: “razón vital, histórica o viviente”.

La obra de Ortega *El Espectador* no logra la plenitud de su significado sino en la totalidad del pensamiento de su autor: referido a esa especie de centro que es la intuición inicial presente en toda su obra y declarada, con la tensión de un acto de fe, en las primeras páginas de las *Meditaciones del Quijote*: “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”. Una intuición transparente, porque deja ver la vocación de la filosofía: “salvar las circunstancias”... “Salvar las apariencias” había anunciado Platón: las apariencias cambiantes, las ambiguas realidades, como diríamos hoy. Formulación del quehacer filosófico que en Platón se revela como una conjugación de dos descubrimientos en apariencia antagónicos: el del “ser”, uno, perfecto, independiente del movimiento y del tiempo; y el de las “apariencias” en las que pasa no sólo la realidad, sino mucho más: la vida en perenne transformación.

Pensar será, pues, y siempre, conjugar estos dos términos -o, más bien, planos-antitéticos: la invulnerable unidad del ser, siempre oculto, y la continua transformación de la huidiza realidad.

Salvar lo visible, el presente que huye sin siquiera dejarnos el tiempo de discernirlo por completo, en su invulnerable unidad, invulnerable, sí, mas oculta. En ello adquiere el hombre conciencia de su específica, originaria situación en el mundo: esta cruz trazada desde la seguridad inaccesible y desde la inmediata, ineluctable realidad que lo abandona.

En toda auténtica filosofía es como si la filosofía naciera por vez primera, sólo que en otras circunstancias, en otro momento de su historia. Todo filósofo carga con la cruz del pensamiento que se va agrandando y ofreciendo en otras dimensiones. Porque la realidad ambigua, huidiza, se le va presentando al hombre, se le revela y se le descubre en su historia, gracias precisamente a esta fuerza del pensamiento.

La realidad que desde el principio se desveló a Ortega fue la de la vida humana: extraño género de realidad que consiste en un *hacerse*. Es en esto que el hombre se distingue de las demás criaturas, pues éstas reciben la vida y con ella, sin más, el ser: son ya todo lo que tienen que ser, mientras que el hombre debe hacerse su vida, inventársela, creársela en medio a precisas circunstancias. Por eso la vida humana es por esencia drama: el sujeto protagonista se encuentra siempre en una situación concreta, de la que percibe la realidad circunstante y de la que debe encargarse, es decir, comprenderla, haciéndola suya, absorbiéndola y liberando la razón que hay en ella: extrayendo, diré usando un lenguaje quijotesco, la razón de la sinrazón.

Vivir humanamente es, pues, ir descubriendo la razón donde en apariencia no la hay. Mas este vivir humanamente se eleva a vocación. Y así la filosofía, o mejor, el filosofar, viene a ser el ejercicio de vivir humanamente, elevando a vocación la aceptación y la plenitud de esta libertad a la que no se puede decir “no”. “Somos necesariamente libres”, enunciará Ortega en sus cursos sobre la “razón vital” impartidos en la Universidad de Madrid en el período de su madurez, en los años inmediatos que precedieron a la guerra civil y que por ella fueron interrumpidos.

El pensamiento de Ortega fue fiel a esta vocación filosófica -complemento de la vocación de ser hombre plenamente- y es, pues, al mismo tiempo, pensamiento metafísico y circunstancial. *El Espectador*, especie de revista que publicaba él solo, es el lugar donde esto se revela con mayor evidencia. La disparidad de temas tratados, lejos de testimoniar dispersión de pensamiento, son el ejercicio pleno de su filosofía, son la “razón vital, histórica, viviente” en camino. No eran la escapatoria del filósofo que sale a contemplar la vida del austero recinto que la excluye. Son propiamente, y precisamente por su disparidad, un aspecto necesario, integrante de su sistema. Había que captar las circunstancias históricas en las que le había tocado vivir: las inmediatas y nacionales y las de la Europa vacilante de su tiempo: peripecias del pensamiento en un horizonte. Y por eso el lector encontrará entre estas páginas mucho de profecía, de vaticinio, de diagnosis. Y, naturalmente, no sólo en *El Espectador*, sino en todas sus obras de este período, entre las que destacan *La rebelión de las masas*, *La deshumanización del arte* y *El tema de nuestro tiempo*.

Junto a la vocación de filósofo vivía en él la vocación de español; para él la suprema moral era la elevación al libre ejercicio de amor de lo que de todos modos se debe ser. Es decir, según mi interpretación: si somos “necesariamente libres”, liberemos por amor la libertad de su necesidad para que sea libertad verdadera: obediencia.

En las páginas de aquella especie de profesión de fe que es el prólogo a las *Meditaciones del Quijote*, él declara su vocación de español junto a la vocación filosófica en un modo tan estrecho que no parecen posibles la una sin la otra. “Hay también un *logos* del Manzanares” dice: el Manzanares, que, como quizá sepa también el lector italiano, es el humilde río que atraviesa Madrid y desde cuyas orillas se descubre la inicial pobreza de la ciudad, es algo así como su raíz en la tierra: todo lo que Madrid tiene de antiquísima población, florece sobre la tierra sin ocultarla, como si saliera de ella en vez de ser edificada encima. Lugar, centro más que urbe, dotado de un inmenso y quizá único privilegio: claridad, horizonte -Puerta del Sol-.

No sé si Ortega, al enunciar la existencia de un *logos* del Manzanares, tuvo en mente esta condición de la ciudad que el humilde río atraviesa. Mas su específica vocación de filósofo español se podría definir con estas cualidades esenciales: claridad, horizonte. O sea, claridad que descende a mayor concreción, o mejor, a lo concreto sobre todo, que no es retenida por la resistencia que opone al pensamiento lo minúsculo, lo vulgar: “Pues no hay cosa en el orbe por donde no pase algún nervio divino [...]. A los amigos que vacilan a entrar a la cocina donde se encuentra, grita Heráclito: “¡Entrad, entrad! También aquí hay dioses””. Y: “Nada impide el heroísmo -que es la actividad del espíritu- tanto como considerarlo adscrito a ciertos contenidos específicos de la vida. Es menester que dondequiera subsista subterránea la posibilidad del heroísmo, y que todo hombre, si golpea con vigor la tierra donde pisan sus plantas, espere que salte una fuente. Para Moisés el Héroe, toda roca es hontanar”.

La doble vocación de Ortega, de filósofo y de español, estaba ligada además a una tercera vocación, o a un tercer elemento de ella: una radical generosidad que bien puede llamarse “caridad intelectual” más que “amor intelectual”, porque se dirige a todo, sostenida por la fe viva de que en todo lugar del mundo hay una verdad, *una realidad* que rescatar. Realidad, razón, porque ninguna realidad lo es aisladamente, y conocer es integrar las cosas desconocidas, opacas, en el sistema que es la realidad: hacerla nacer a la luz, en un horizonte.

Este triple aspecto de la vocación de Ortega explica la obra *El Espectador*, formada por ensayos que son miradas directas sobre un espectáculo de ballet, sobre el fenómeno del fascismo, el hecho de que un amigo deje la vida ciudadana y se marche al campo, la vocación de un joven argentino que estudia filosofía, una exposición de pintura en la que destaca el retrato de una dama junto a piezas “puramente” filosóficas como *Vitalidad*, *alma*, *espíritu*,

*Las dos grandes metáforas, Sobre la expresión, fenómeno cósmico, El origen deportivo del Estado...*

El *logos* -razón y vida- circulaba por todas partes, cosa que sólo puede suceder cuando existe, presente, despejado, un horizonte, un género de claridad que mientras descubre, vivifica.

Coincidió el camino ascendente del pensamiento de Ortega, su destino solar, con el camino ascendente, luminoso, de la vida española, aquella especie de aurora que se venía preparando desde lejos. *Aurora de la razón histórica* pude leer yo misma, un día ya muy lejano, como título de una obra “fundamental” (mas lo eran todas). No sé si entre sus libros aún inéditos haya quedado con este título. Quisiera que así fuera, pues él revela a la vez la esencia más íntima del pensamiento de Ortega y el momento histórico de España. Y, claro es, no podía tratarse de una simple coincidencia: el pensamiento múltiple, clarificador, vivificante de Ortega había sido como un centro.

No el único, cierto, pues otros hombres de pensamiento -histórico, filológico, crítico- y la poesía, y las reformas, ya en movimiento, de toda la vida cultural española, poblaban las Revistas. Eran tiempos de visibilidad, en los que el pensamiento circulaba y se hacía vida.

Fácil entender que una vocación como la de Ortega no podía agotarse en sus publicaciones personales, en sus cursos universitarios, en sus conferencias. Fundó y dirigió la *Revista de Occidente*, con la editorial aneja, Espasa-Calpe, y el periódico *El Sol*, que no habría podido llamarse de otro modo. En él se publicaron por entregas *La rebelión de las masas*, *El tema de nuestro tiempo*, *¿Qué es filosofía?*, leídos ávidamente por miles de personas. En él colaboraron casi todos los que tenían algo serio que decir en aquellos años: los editoriales eran a menudo del mismo Ortega; había páginas semanales de informes y reseñas de ciencia, literatura, medicina, descubrimientos, escritas por especialistas; la noticia de un delito se encargaba a jóvenes escritores y aspirantes a cátedra, y la caricatura cotidiana era obra de un dibujante genial: Bagaría. Y sobre todo... el periódico se vendía.

Ningún libro de Ortega -y quizá de ningún otro- puede ser entendido sin referencia a su ¿la? entera obra. Sí, mas muy especialmente *El Espectador*, cuyas páginas son como signos estelares de una vocación y de un destino, de un hombre, sin duda, filósofo, y también de un país, un pueblo, una nación... Unidad concreta de la historia, que forma un todo único. Pero hay una diferencia: la aurora histórica fue interrumpida, la del pensamiento (y no sólo el de Ortega) queda; salvada, salvadora.

### **Noticia bibliográfica y Nota a la traducción**

El texto que aquí presentamos -en traducción- se publicó originalmente en italiano en el semanario romano *Il Punto della Settimana* el 11 de marzo de 1961 con el título de “Lo Spettatore”. Sucesivamente ha sido incluido en la reciente recopilación de los artículos que María Zambrano publicó en Italia durante los años de su exilio: *Per abitare l'esilio (Scritti italiani)*, Florencia, Le Lettere, 2006. El título reenvía de manera obvia e inmediata al horizonte orteguiano de *El Espectador*. De hecho, el texto zambraniano se presenta como una reseña *sui generis* del volumen que completaba la edición italiana de dicha obra. El primer volumen de *Lo Spettatore* se había publicado en los tipos de la prestigiosa editorial Bompiani de Milán en 1949 (antes, pues, de que María Zambrano se estableciera en Roma en 1953) y constituía una buena selección de las tres primeras entregas del original español (1916, 1917 y 1921). El segundo volumen iba a tener que esperar varios años antes de ver la luz, pues no se publicó hasta 1960 (el 1 de octubre, según reza el colofón). También este segundo volumen era una buena selección de las siguientes cuatro entregas del original español (1925, 1926 [1927], 1927 y 1930; de la octava entrega, de 1934, no se seleccionó ningún texto, quizá por falta de espacio o, más presumiblemente, por no desequilibrar demasiado la dimensión de los

volúmenes: el primero de 336 págs. y el segundo de 376). La traducción se condujo sobre la edición compacta de *El Espectador* publicada en un solo volumen por la editorial madrileña Biblioteca Nueva en 1943, y estuvo a cargo de un intelectual de primera fila en la cultura italiana de aquel tiempo, Carlo Bo, crítico de reconocida fama internacional e ilustre profesor de la Universidad de Urbino, quien también firmaba la pulcra e inteligente Introducción con que se abría el primero de los dos volúmenes. En nota al pie de la última página del segundo volumen se señala, además, que la traducción fue revisada por el profesor Giuseppe Bellini, uno de los decanos del hispanismo italiano, y se puntualiza que la traducción del ensayo “Para un museo romántico” fue obra de Celestino Capasso. Los dos volúmenes italianos aparecieron dentro de la colección editorial “Portico”, con los números 20 y 33, respectivamente. Como lema de la colección aparecía en la contraportada de los libros el siguiente texto: “Pórtico es el lugar ideal donde se reúnen, en un libre y modernamente humanista comercio de inteligencias, los espíritus más vivos y originales de la crítica y del ensayismo modernos”. Allí había aparecido, antes que la de Ortega, la traducción de Celestino Capasso de *El valle de Josafat* de Eugenio d’Ors.

La edición italiana de *Lo Spettatore* no fue una traducción completa del original español (*El Espectador I-VIII*), sino que, como queda dicho, se trató de una selección antológica, conducida, eso sí, con amplitud y exhaustividad, y, sobre todo, trató de corresponder y de representar fielmente el espíritu orteguiano desplegado en el original. El primer volumen incluía los siguientes ensayos, agrupados en tres partes, correspondientes a las tres primeras entregas: I (1916) “Confesiones del Espectador”, “Verdad y perspectiva”, “Nada “moderno” y muy “siglo XX”, “Leyendo el *Adolfo*, libro de amor”, “Horizontes incendiados”, “Cuando no hay alegría”, “Estética en el tranvía”, “Tres cuadros del vino”, “Ideas sobre Pío Baroja”, “Una primera vista sobre Baroja”; II (1917) “Palabras a los suscriptores”, “Confesiones del Espectador”, “Para la cultura del amor”, “Muerte y resurrección”, “Azorín [o primores de lo vulgar]”, “El genio de la guerra y la guerra alemana”; III (1921) “Leyendo *Le petit Pierre* de Anatole France”, “Musicalia”, “Los hermanos Zubiaurre”, “Don Quijote en la escuela” y “Meditación sobre el marco”. A su vez, el segundo volumen incluía, agrupados en cuatro partes, correspondientes a las entregas IV-VII, los siguientes ensayos: IV (1925) “Elogio del murciélago”, “Pepe Tudela vuelve a la Mesta”, “Apatía artística”, “Dan-Auta”, “Carta a un joven argentino que estudia filosofía”, “No ser hombre ejemplar”, “Esquema de Salomé”, “Las dos grandes metáforas”; V (1927) “Vitalidad, alma, espíritu” VI (1927), “Dios a la vista”, “Sobre el fascismo”, “Destinos diferentes”, “En el desierto, un león más”, “Para un museo romántico”, “La interpretación bélica de la historia”, “Sobre la muerte de Roma”, “Nuevas casas antiguas”; VII (1930) “Hegel y América”, “Sobre la expresión, fenómeno cósmico”, “El origen deportivo del Estado”, “El silencio, gran brahmán”, “Abenjaldún nos revela el secreto”, “Divagaciones ante el retrato de la Marquesa de Santillana”, “Para una ciencia del traje popular”, “Tiempo, distancia y forma en el arte de Proust”, “Egipcios”, “Revés de almanaque” y “Socialización del hombre”.

El texto de María Zambrano que aquí presentamos se publicó como reseña del segundo volumen de *Lo Spettatore*, aunque, en propiedad, no puede decirse que se tratara de una reseña *stricto sensu*. No lo era, en efecto, pues no da cuenta en concreto del libro en cuestión. El libro hace las veces de simple pretexto de un texto en cierto modo independiente que se despliega como introducción al pensamiento orteguiano y como interpretación del proyecto de *El Espectador* (nótese en propósito que las citas de Ortega que aparecen en él están sacadas de *Meditaciones del Quijote* y no, como hubiera sido del caso de un texto que se ajustara al género de la reseña, de la parte de *El Espectador* que cubre el segundo volumen italiano). Constituye este texto, pues, en este sentido, un eslabón más de esa compleja cadena que une la obra y el pensamiento de Ortega con el desarrollo zambraniano del orteguismo.

Más que una reseña es, en verdad, un artículo, o, si se prefiere, un breve ensayo que vendría a sumarse a los varios ensayos, o estudios, que Zambrano dedicó a Ortega a lo largo de su vida, algo que no obedecía, desde luego, a un simple interés erudito, o a la tantas veces señalada fidelidad al maestro, o al reconocimiento del valor de su legado en el contexto de la renovación filosófica del siglo XX, o como señalación de una de las fuentes principales de su propio pensamiento, o como momento capital de su formación intelectual o primera etapa de su personal camino de pensar, todo ello de gran importancia, claro está, pero que, siendo también eso, o mejor, sin dejar de serlo, en nuestro caso encubriría el aspecto más auténtico del íntimo impulso que mueve los escritos de Zambrano sobre Ortega: la absoluta e imperiosa necesidad de medirse con ese pensamiento por estar desarrollando con plena convicción una de las órbitas más preclaras del desarrollo del orteguismo en el exilio. Como en el caso que nos ocupa de “Lo Spettatore”, también se publicó originalmente en italiano otro importante ensayo zambraniano sobre Ortega: “Ortega y Gasset e la ragione vitale”, publicado en la revista *Settanta* en el número de noviembre de 1971 (recientemente se ha publicado en español el manuscrito que debió de servir de base para la traducción italiana de este artículo, aunque erróneamente se afirma su carácter inédito: “La razón que se busca (A propósito de la razón vital)”, en *Revista de Occidente*, nº 276, mayo 2004). También había aparecido en Italia, como último capítulo del volumen de 1964 *Spagna (Pensiero, poesia e una città)*, “Ortega y Gasset, filosofo spagnolo”, si bien, en este caso, se trataba de la traducción de un trabajo ya publicado en su original español (“Ortega y Gasset, filósofo español”, en *Asomante*, núms. 1 y 2, 1949).

El texto zambraniano de “Lo Spettatore” iba acompañado de una breve nota a pie de página, de carácter redaccional, en la que, a modo de escueta presentación al lector italiano, se daba noticia de la autora. La nota -traducida ahora- decía así: “María Zambrano, la ilustre filósofa española, discípula de Ortega y Gasset, vive en Italia desde hace algunos años. Entre sus obras más famosas: *Pensamiento y poesía en la vida española*, *Filosofía y poesía*, *El pensamiento vivo de Séneca*, *La agonía de Europa*, *Hacia un saber sobre el alma*, y el reciente *El hombre y lo divino*, muy difundido en los países de lengua española. Colabora en las mayores revistas extranjeras e italianas. Ha dirigido con Elena Croce la colección Quaderni [di Pensiero e di Poesia] del editor De Luca, donde ha salido su libro *I sogni e il tempo*. Se prepara también una antología italiana de toda la obra de la Zambrano”. La antología que se anuncia no llegó a publicarse nunca, y aunque no se han podido documentar otras noticias que atestigüen el proyecto, nada tendría de extraño, sobre todo teniendo en cuenta la efervescencia editorial del círculo de intelectuales romanos en el que se movía María Zambrano. Aunque quizá pudiera conjeturarse que lo que la nota anunciaba como “antología” se refiriera -si bien impropiaemente- al volumen que iba a aparecer tres años después con el título de *Spagna*. Para todo lo relativo al período italiano de María Zambrano me permito reenviar a mi Introducción al volumen anteriormente citado *Per abitare l'esilio (Scritti italiani)*; mayores noticias sobre la colección editorial Quaderni di Pensiero e di Poesia, que dirigieron Elena Croce, hija del filósofo Benedetto Croce, y María Zambrano, así como del misterio del libro *Spagna*, pueden encontrarse en mi estudio “Verdad y sueño de España (A propósito de un libro olvidado)”, en *María Zambrano: Los años de Roma*, Actas del Congreso Internacional conmemorativo del centenario de su nacimiento (Roma, 15-16 de diciembre de 2004), edición digital del Centro Virtual Cervantes, 2006 ([http://cvc.cervantes.es/obref/zambrano\\_roma/](http://cvc.cervantes.es/obref/zambrano_roma/)).

María Zambrano escribió siempre en español: que en su escritura privada se encuentren huellas de un distinto proceder no resta valor de verdad a esta afirmación, si acaso la refuerza al ofrecer la excepción a su norma de escritura. Su lengua fue su patria, acaso lo único que el exilio no pudo arrebatárle. Los “escritos italianos” de María Zambrano son todos ellos traducciones operadas sobre originales en español, generalmente ya publicados, aunque

también hay casos, como el que nos ocupa, en que lo único publicado -y conservado- es el texto de la traducción. También el texto de “Lo Spettatore” es, pues, una traducción. ¿Quién fue el traductor? Nada se dice a propósito en el correspondiente número de la revista *Il Punto della Settimana* en que fue publicado el texto. Sabido es que los traductores italianos de María Zambrano fueron siempre personas de su entorno de amistades: Elena Croce, Elémire Zolla, Cristina Campo, Leonardo Cammarano, Francesco Tentori Montalto, etc. En la Nota a la edición incluida en *Per abitare l'esilio (Scritti italiani)* he hipotizado que la traducción de “Lo Spettatore” corrió a cargo de Cristina Campo (para la relación Zambrano-Campo me permito reenviar a la citada Introducción a *Per abitare l'esilio*; véanse también M. Pertile, “Nadar sabe mi llama el agua fría”. Por la historia de dos amigas: María Zambrano y Cristina Campo”, en *Crisis y metamorfosis de la razón en María Zambrano*, vol. 2, Vélez-Málaga, Fundación María Zambrano, 2005, y L. Durante, “María Zambrano e Cristina Campo: vite differenti, percorsi paralleli”, en *Pensamiento y palabra. En recuerdo de María Zambrano (1904-1991)*, ed. de J. L. Mora y J. M. Moreno Yuste, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2005). Cristina Campo, pseudónimo de Victoria Guerrini, fue “amiga del alma” de María Zambrano (vid. M. Pertile, “Cara, il viaggio è cominciato. Lettere di Cristina Campo a María Zambrano”, en *Humanitas*, núm. 58, 2003). Campo colaboraba habitualmente en la revista cultural *Il Punto della Settimana* y es presumible que a través de ella le llegara a Zambrano el encargo de la reseña del segundo volumen de *Lo Spettatore* (sabido es también que sus amigos romanos fueron incansables en el intento de reparar las dificultades materiales de la vida cotidiana de las hermanas Zambrano). En el mismo número en que se publicó el texto de Zambrano (11 de marzo de 1961) se publicó también un artículo de Cristina Campo titulado “La torre e l'isola”. Ambos artículos, curiosamente, iban juntos, uno al lado del otro, el de Campo en la pág. 8 y el de Zambrano en la 9. ¿Simple coincidencia? Quizá, si se tratara sólo de eso. Sucede, además, que la nota a pie de página de presentación de María Zambrano tiene un poderoso «aire de familia» con el texto de un guión radiofónico en el que Cristina Campo se ocupaba de un libro de la amiga, el ya citado *Spagna* (vid. C. Campo, *Lettere a Mita*, Milán, Adelphi, 1999, p. 386). De donde resulta razonable concluir que la autora de la citada nota de presentación fuera Cristina Campo y, de consecuencia, también fuera ella la autora de la traducción. Nada tendría de extraño, pues Cristina Campo también tradujo ese mismo año otro artículo de la amiga, “San Juan de la Cruz: de la noche oscura a la más clara mística”, y Zambrano, a su vez, tradujo también ese mismo año de 1961 un importante artículo de la amiga que acabaría viendo la luz en la prestigiosa revista bonaerense *Sur*, “Atención y poesía”. La traducción era entre ellas un acto de hospitalidad y de amistad. A la memoria de Cristina Campo, desaparecida en 1977, quiso dedicar María Zambrano el hermosísimo texto de “La llama”, incluido después en *De la aurora*).

“Lo Spettatore” es, pues, una traducción a la que no se ha podido encontrar el correspondiente original. Que pueda aparecer no se descarta, desde luego, como aconteció con la *Guía espiritual* de Miguel de Molinos, por citar un texto caro a María Zambrano, cuyo original español estuvo perdido durante mucho tiempo y hasta hace pocos años, por lo que no quedó más remedio que considerar como texto base el de su traducción italiana (a sabiendas de que era una traducción). La operación que aquí hemos llevado a cabo es, por tanto, la traducción de una traducción, y en ella siempre ha pesado la ausencia del original primigenio, pues, en el fondo, más que de traducir, de lo que se trataba era del intento de reconstruir con la traducción el original ausente. En este sentido hemos procurado verter el texto italiano no ya en español, sino en las peculiaridades que la lengua española adquiere en la escritura zambraniana: su léxico, sus marcas estilísticas, sus giros más propios. Cristina Campo se refirió a María Zambrano como la “filósofo-poeta” precisamente por ese uso no instrumental del lenguaje que despliega en su escritura. Importa en ella lo que se dice, claro está, pero más, si cabe, el modo en que el decir se dice. Y este aspecto no despreciable ha obligado nuestra

traducción como un imperativo. Se trataba de aproximarse al peculiar “estilo zambraniano”. Hemos perseguido así no un resultado, sino el perfil dudoso de una ausencia. La traducción de la traducción se muestra en la positiva materialidad de una escritura, pero convendrá siempre leerla en referencia a su esencial negatividad. Lo que aquí se ofrece como traducción no constituye, pues, ningún punto de llegada a ningún sitio, sino una simple aproximación a un vacío imposible de colmar. Una sombra sin cuerpo. Un camino que se busca entre otros muchos posibles. También un camino que se pierde. Lo importante es que permanezca en el lector esa idea de aproximación y de camino hacia un texto que, ausente, se ofrece sólo como traducción, siendo así la traducción de esa traducción la indicación de un camino desdibujado que intenta aproximar el vacío oculto del que nace.

Como notará el lector familiarizado con la obra orteguiana, hay un par de inexactitudes en el texto zambraniano, ambas localizadas en el primer párrafo: las entregas, o volúmenes, de *El Espectador* fueron ocho y no siete, siendo la primera de ellas de 1916, y no de 1917. Errores menores y sin mayor importancia que denotan principalmente las dificultades del exilio. Dificultades de la vida y de la escritura, pues ambas -vida y escritura- son la misma cosa en el horizonte que abre la filosofía de María Zambrano.